

bado en la noche, y en los ratos libres se ocupaban tambien en las labores del campo segun lo que sus fuerzas permitian.

»Como no habia mercados públicos en los nuevos lugares, en ciertos dias determinados se daba á cada familia lo mas necesario para subsistir, y uno de los misioneros cuidaba de que las porciones fuesen proporcionadas al número de individuos que habitaban en cada barraca.

»Empezaban á trabajar y se cesaba á son de campana, cuyo primer toque se daba al rayar el alba. Inmediatamente se reunian los niños en la Iglesia, y comenzaban su concierto matutino, que duraba como el de los pajarillos hasta salir el sol. Hombres y mujeres asistian todos á oír misa, y al salir de esta iban á ocuparse en sus tareas. Al ponerse el sol llamaba otra vez la campana á los nuevos ciudadanos al altar, y rezaban en voz alta la oracion, cantando á coro con gran música.

»El terreno estaba dividido en muchas suertes, y cada familia cultivaba una de ellas para su manutencion. Habia además un campo público llamado la *posesion de Dios*, y los frutos de estas tierras comunes estaban destinados á remediar la escasez por las malas cosechas, á socorrer las viudas, los huérfanos y los impedidos, y aun tambien para los gastos de guerra. Si quedaba alguna cosa del tesoro público al cabo del año, se aplicaba este escedente á los gastos del culto, y en rebajar el tributo del escudo de oro que cada familia pagaba al rey de España.

»El cuerpo militar, civil y político de las *Reducciones*, se componia de un *cacique* ó jefe de guerra, un *corregidor* para la administracion de justicia, y varios *regidores y alcaldes* para la policia y direccion de los trabajos públicos. Todos estos magistrados eran nombrados por la Junta general de los ciudadanos, mas parece que habian de elegirse precisamente del número de los sugetos propuestos por los misioneros, cuya ley fué tomada del senado y del pueblo romano. Habia además un jefe llamado *fiscal*, especie de censor público elegido por los ancianos, y el cual llevaba un registro de los hombres en aptitud para tomar las armas. *Un teniente* cuidaba de los niños, los llevaba á la iglesia, los acompañaba á las escuelas, llevando en la mano una varita larga, y daba cuenta á los misioneros de cuanto habia observado acerca de las

costumbres, el carácter, las cualidades y los defectos de sus discípulos.

»Finalmente, la villa estaba dividida en muchos cuarteles, y cada cuartel tenia un celador. Como los indios son naturalmente indolentes y desidiosos, habia un jefe de agricultura encargado de reconocer los arados y de obligar á los cabezas de familia á sembrar sus tierras.

»En caso de infraccion de las leyes, la primera falta era castigada con una reprension secreta de los misioneros, la segunda con una penitencia pública á la puerta de la iglesia, como lo hacian los primeros fieles, y la tercera con pena de azotes. Pero es admirable que por espacio de siglo y medio que ha durado esta república, apenas se encuentra un ejemplar de que un indio haya sufrido este último castigo. «Todas sus faltas, son faltas de niño, dice el P. Charleroix; y lo son toda su vida en muchas cosas, sin dejar de tener las buenas cualidades de hombres.»

»Los perezosos eran condenados á cultivar una porcion mayor del campo comun, y de esta suerte mediante, una sábia economia, se habia conseguido convertir en beneficio de la prosperidad pública hasta los defectos de aquellos hombres inocentes.

»Se tenia particular cuidado de casar muy temprano á los jóvenes para evitar el libertinage; las mujeres que no tenian hijos vivian retiradas, durante la ausencia de sus maridos, en una casa particular llamada *Casa de Refugio*; ambos sexos estaban separados casi del mismo modo que en las repúblicas griegas, y tenian bancos distintos en la iglesia, y puertas diferentes por donde salian sin confundirse.

«Todo estaba arreglado, hasta el vestido que convenia á la modestia, sin oponerse á las gracias. Las mujeres llevaban una túnica ceñida por la cintura, los brazos y las piernas desnudas y el cabello suelto sirviéndoles de velo.

»Los hombres iban vestidos como los antiguos castellanos, y cuando se ponian á trabajar cubrian aquel noble trage con un saco de color de púrpura.

»Los españoles, y en particular los portugueses del Brasil, hacian correrías por las tierras de la *república cristiana*, y arrebataban frecuentemente algunos desgraciados para reducirlos á la esclavi-

tud, hasta que los Jesuitas resueltos á poner fin á este salteamiento, á fuerza de representaciones consiguieron permiso de la corte de Madrid para armar á sus neófitos. Se procuraron los primeros materiales para construir armas, establecieron fundiciones de cañones y molinos de pólvora, y adiestraron en los ejercicios militares á los que se veían mas amenazados. Juntóse cada lunes una milicia organizada para maniobrar y pasar revista delante de un *cacique*, en el cual habia premios señalados para los ballesteros, lanceros, honderos, artilleros y arcabuceros. Volvieron los portugueses, y entonces en lugar de labradores tímidos y dispersos, encontraron batallones que los derrotaron arrojándolos hasta el pie de sus baluartes. Observóse que aquella tropa nunca volvía atrás, y que se reunía con orden bajo el fuego enemigo. Tenía tambien tal ardor, que se exaltaba en los ejercicios militares, y muchas veces era preciso hacer descanso por temor de alguna desgracia.

»Así se veía en el *Paraguay* un estado que ni tenía los riesgos de una constitucion enteramente militar, como la de Lacedemonia, ni los inconvenientes de una sociedad enteramente pacífica, como la fraternidad de los Cuákeros. Estaba resuelto el problema político, pues se encontraban allí reunidas la agricultura que funda, y las armas que conservan, siendo los *Guaranis* cultivadores sin tener esclavos, y guerreros sin ser feroces: inmensas y sublimes ventajas que debían á la religion cristiana, y de que no habían podido gozar bajo el politeísmo ni los griegos ni los romanos.

»Este sábio medio se observaba en todas partes, y la *república cristiana*, sin ser absolutamente agrícola ni del todo dedicada á la guerra, ni enteramente privada de las letras y del comercio, tenía un poco de todo, y particularmente muchas fiestas. No siendo tétrica como Esparta ni insustancial como Atenas, el ciudadano no se veía agobiado por el trabajo, ni encantado ó dominado por el placer. En suma, los misioneros, limitando la multitud al afán de aliviar las primeras necesidades de la vida, supieron distinguir entre la grey los niños que la naturaleza habia indicado para mas altos empleos. Así como Platon lo aconseja, pusieron con separacion á los que descubrian ingenio para dedicarlos al estudio de las ciencias y de las letras. Estos niños escogidos que se llamaban la *Congregacion*, eran educados en una especie de seminario, y su-

jetos á la rigidez del silencio, del retiro y de los estudios de los discípulos de Pitágoras. Reinaba entre ellos una emulacion tan grande, que solo la amenaza de ser despedidos y enviados á las escuelas públicas bastaba para reducir un alumno á la desesperacion. De esta reunion excelente habian de salir un dia los sacerdotes, los magistrados y los héroes de la patria.

»Los pueblos ó villas de las *Reducciones* ocupaban un territorio muy estenso, generalmente á las orillas de un rio y en un sitio ameno y fértil. Las casas eran uniformes, de un solo piso, construidas de piedras, y las calles anchas y tiradas á cordel. En el centro de la poblacion estaban la plaza pública formada por la iglesia, la casa de los misioneros, el arsenal, el granero comun ó Pósito, la casa de refugio y el hospicio para los extranjeros. Las iglesias eran muy bellas y sus paredes muy adornadas con cuadros, cuyos intervalos se veían cubiertos de graciosos festones de follage. En los dias festivos se rociaba la nave con aguas olorosas, y el pavimento del santuario estaba cubierto de flores de lianas deshojadas.

»El cementerio que estaba situado detrás del templo formaba un cuadrilongo cercado de paredes de altura hasta el pecho, con una calle de palmeras y cipreses al rededor, y dividido en su longitud por otras calles de cidreros y de naranjos, de las cuales la de en medio iba á parar á una capilla donde se celebraba todos los lunes una misa de difuntos.

»Salian del cabo de las calles del lugar unas alamedas hermosísimas de frondosos, altos y corpulentos árboles, las cuales llegaban hasta otras capillas erigidas en el campo y que se veían de frente: en estos monumentos religiosos, terminaban las procesiones en los dias mas solemnes.

»El domingo, despues de misa, se formalizaban los esponsales, se celebraban los matrimonios, y por la tarde se bautizaba á los catecúmenos y los niños, cuyos bautizos se hacían como en la primitiva Iglesia, con las tres inmersiones, los cánticos y la vesta de lino.

»Anunciábanse las principales fiestas de la religion con una pompa extraordinaria. En la víspera se hacían iluminaciones en demostracion de regocijo, se encendían hogueras, y los muchachos

bailaban en la plaza principal. El día siguiente al amanecer se presentaba la milicia armada, y el cacique que la capitaneaba iba montado en un soberbio caballo, caminando bajo un dosel que llevaban dos oficiales, uno á cada lado. A medio día, despues de los divinos oficios, se daba un banquete á los extranjeros si se encontraban algunos en la república, y se permitía beber un poco de vino. Por la tarde habia carreras de sortija presididas por dos misioneros que distribuian los premios á los vencedores, y al anochechar, haciéndose la señal de retirada, las familias, felices y pacíficas, iban á gozar de las dulzuras del sueño.

»En el centro de aquellos bosques salvages, en medio de aquel pueblo antiguo, la fiesta del Santísimo Sacramento en particular, presentaba un espectáculo magestuoso y extraordinario. Los Jesuitas habian introducido allí las danzas al estilo de los griegos, porque nada tenian que temer con respeto á las costumbres, entre unos cristianos de tan grande inocencia. Copiaré literalmente la descripción que hizo de esta solemnidad el P. Charleroix.

»Ya he dicho que nada precioso se veia en aquella fiesta: todas las bellezas de la simple naturaleza se ostentan en una variedad que la representan en toda su perfeccion, ó mas bien diré que allí toda está viva; porque en las flores y las ramas de árboles que forman los arcos triunfantes por donde pasa el Santísimo Sacramento, se ven revolotear pajarillos de todos colores, atados de las patitas con unas hebras tan largas que parecen estar sueltos, y haber venido espontáneamente á confundir sus gorgeos con el canto de los músicos y de todo el pueblo, y bendecir á su modo á aquel cuya providencia jamas les falta.

De trecho en trecho se ven tigres y leones bien encadenados, á fin de que no turben la fiesta, y lindísimos peces que bullen continuamente en grandes vasos llenos de agua: en una palabra, toda especie de viviente concurre á la función como en diputaciones, para rendir allí homenaje al Hombre Dios en su augusto sacramento.

«En tan magestuosa decoracion entran tambien todas aquellas cosas con que uno se regala en los grandes regocijos públicos, las primicias de todas las cosechas para ofrecerlas al Señor, y el grano que se ha de sembrar, á fin de que eche su bendicion. El

canto de los pájaros, el rugido de los leones y de los tigres, todo se oye allí sin confusion, y forma un concierto único.

»Así que el Santísimo Sacramento ha vuelto á entrar en la iglesia, se hace á los misioneros el presente de todos los comestibles que se han puesto de manifiesto en su tránsito, y estos religiosos hacen llevar todo lo mejor á los enfermos, y reparten lo demas entre los habitantes del pueblo. Por la noche hay un castillo de pólvora, como se hace en todas las grandes festividades, y al día inmediato regocijos públicos.»

»Con un gobierno tan paternal y tan análogo al genio sencillo y pomposo del salvage, era muy natural que los nuevos cristianos fuesen los hombres mas puros y felices de aquella edad. La mudanza de sus costumbres era, pues, un milagro obrado á vista del Nuevo Mundo, viéndose allí trasformados en un espíritu de dulzura, de paciencia y de castidad, aquel espíritu de crueldad y de venganza, y aquel abandono con que se entregaban á los vicios mas groseros que caracterizan á las hordas ó cuadrillas indianas. Júzguese de sus virtudes segun la espresion sencilla del obispo de Buenos-Aires. «Señor, escribia á Felipe V., en estos pueblos numerosos, compuestos de indios naturalmente propensos á todo género de vicios, reina una inocencia tan grande, que no creo se cometa entre ellos ni un solo pecado mortal.»

»No se veia entre los salvages cristianos ni procesos, ni disensiones: no se conocia aquello de *tuyo y mio*; porque así como lo observa Charleroix, el estar siempre dispuesto á repartir con el menesteroso lo que uno tiene, es verdaderamente no tener nada propio. Provistos abundantemente de todo lo indispensable ó necesario para vivir, gobernados por los mismos hombres que los habian sacado de la barbárie, y á quienes miraban, con razon, como unas especies de divinidades, gozando en el seno de sus familias y en su patria de los mas dulces sentimientos de la naturaleza, conociendo las ventajas de la vida civil sin haber dejado el desierto y los atractivos de la sociedad, al mismo tiempo que conservaban los de la soledad, aquellos indios podian vanagloriarse de que gozaban de una felicidad sin ejemplo hasta entonces en la tierra. La hospitalidad, la amistad, la justicia y las tiernas virtudes, salian naturalmente de sus corazones, al oír la palabra de la Religion,

seméjantes á los olivos que dejan caer su maduro fruto al apacible soplo del fresco ambiente. Muratori ha pintado con un solo rasgo de su pluma aquella república cristiana, dando á la descripción que ha hecho el título de *Il Cristianesimo felice*.

»Me parece que al leer esta historia está uno animado de un solo deseo, cual es el de pasar los mares é ir lejos de los sobresaltos y las revoluciones á buscar una vida obscura en las barracas de aquellos salvages, y un pacífico sepulcro bajo las palmeras de aquellos cementerios. Pero ¡ah! ni los desiertos son tan profundos ni los mares tan vastos que puedan librar al hombre de los dolores que le siguen siempre. Tantas cuantas veces se hace un bosquejo de la felicidad de un pueblo, otras tantas es forzoso acabar la descripción con su catástrofe; de suerte que en medio de las pinturas mas risueñas, se sienta oprimido el corazón del escritor por esta reflexión que se presenta á cada instante. ¡Nada de todo eso existe ya! Desaparecieron enteramente las misiones del Paraguay, y los salvages reunidos con tantas fatigas andan otra vez errantes por los bosques ó sepultados vivos en las entrañas de la tierra; siendo tambien lo mas doloroso que se haya aplaudido la destrucción de unas de las obras mas bellas y laudables hechas por la mano del hombre. Mas nada tiene de extraño: era una creación del Cristianismo, una mies fecundada con la sangre de sus apóstoles, y por consecuencia se habia de mirar por ciertos hombres con odio y con desprecio! Así es que en tanto que nosotros triunfábamos viendo recaer en la esclavitud los indios en el Nuevo Mundo, en la Europa toda resonaba el ruido de nuestra filantropía y nuestro amor á la libertad. Tan vergonzosa inconsecuencia de la naturaleza humana, segun las pasiones encontradas que la agitan, afrontan el espíritu, y le pervertirian si fijásemos en ella la vista por mucho tiempo. Confesemos, pues, que somos débiles; que los altos juicios de Dios son inescrutables, y que le place probar á sus siervos. Mientras nosotros gemimos aquí, los sencillos cristianos del Paraguay, sepultados actualmente en las minas del Potosí, adoran sin duda la mano que los oprime, y sobrellevando pacientemente sus trabajos, se hacen dignos de ocupar un lugar en aquella república de los santos que está á salvo de las persecuciones de los hombres.»

»Si las Misiones del Paraguay asombran por sus grandezas, tambien hay otras que si bien mas ignoradas son tan admirables. En la humilde choza y en el sepulcro del pobre, se vé frecuentemente que el rey de los reyes se complace en ostentar las riquezas de su divina gracia y de sus maravillas. Subiendo hácia el norte desde el Paraguay hasta lo interior del Canadá, se encontraba una mulde misioneros menores, no ya donde el neófito se habia civilizado siguiendo al apóstol, sino donde este se habia hecho salvage para seguir al neófito. Véanse allí los religiosos franciscanos al frente de aquellas iglesias errantes cuyos peligros é inestabilidad parecian haberse creado para nuestro valor y nuestro genio.

»El P. Creulli, jesuita, fundador de las misiones de la Cayena, hizo tales cosas en alivio de los negros salvages que parecen superiores á la humanidad, y los PP. Lombart y Rammette siguiendo las huellas de aquel santo varon, se metieron en los lagos y pantanos de la Guayana. Hiciéronse amar de los indios *Galibis* á fuerza de socorrerlos, mostrándose compasivos á sus dolencias, y por último consiguieron que algunos de ellos les confiasen sus hijos para educarlos en la religion cristiana. Aquellos niños de vuelta á sus selvas, siendo ya jóvenes, predicaron el Evangelio á sus viejos padres salvages, que se dejaron mover facilmente de la elocuencia de aquellos nuevos misioneros. Reuniéronse los catecúmenos en un lugar llamado *Kuron*, donde habia construido el P. Lombart una casa, ayudado de dos negros, y viendo que de dia en dia se aumentaba la poblacion, determinaron tener una iglesia. Mas ¿como fuera posible pagar al arquitecto y carpintero, cuando pedian una suma equivalente á seis mil reales vellon por gastos de la empresa? El misionero y sus neófitos siendo ricos en virtud eran por otra parte los mas pobres de dinero; pero la fé y la caridad son ingeniosas. Los *Galibis* se obligaron á construir siete piraguas que el carpintero se obligó á tomar en cuenta bajo el precio de ochocientos reales cada una: para completar la suma hilaron las mugeres todo el algodón necesario para hacer ocho hamacas, y otros veinte salvages se hicieron esclavos voluntarios de un colono por todo el tiempo que sus dos negros estuviesen ocupados en serrar las tablas para el techo del edificio. Así se arregló todo, y Dios tuvo un templo en el desierto.